

DEITANIA

Gloria López
Corbalán

Helen y Anne, amigas en la oscuridad

Hay veces en que uno siente que la oscuridad se cierra sobre su alma y que ya no puede más, pero entonces aparecen esas lucecitas que la vida (o el Facebook) te regala, que te ayudan con el primer café a pasar el día y quitan horas a sus sueños para aliviar tus pesadillas. Eso les pasó a Helen Keller y a Anne Sullivan, juntas aprendieron no solo a sobrellevar sus cargas, sino también a superarlas.

Helen nació, totalmente sana, en 1880 en el seno de una familia rica de una pequeña ciudad de Alabama. Pero al cumplir los dos años, una extraña fiebre cerebral la dejó sorda y ciega. Su madre decidió que la hija podía llevar una vida normal dentro de su ceguera, y buscó los mejores profesores y colegios para sordos. Esta búsqueda la llevó a conocer a Alexander Graham Bell, quien por

aquel tiempo trabajaba como profesor con niños sordos. Bell aconsejó a la familia de Helen que ingresara en el Instituto para Ciegos del Sur de Boston. Allí le fue asignada una institutriz e instructora. Se llamaba Anne Sullivan y también tenía deficiencias visuales. Aquella jovencita de 20 años, abandonada por una familia pobre y que no aceptaba lo que le había tocado, se convertiría en la compañera incansable de Helen durante casi cincuenta años.

Anne Sullivan se instaló con los Keller en marzo de 1887. Traería para la pequeña Helen una muñeca. Su nombre sería la primera palabra de todas las que le enseñaría esta joven arisca a esta niña sin vista ni oído, pero con unas ansias de aprender y comunicarse que superarían cualquier otra restricción. No le valían los ojos ni los oídos, pero aún le quedaban las ma-



nos, con las que aprendió a comunicarse y a expresarse, y corazón para moverse entre toda esa oscuridad y silencio. Aprendió a escribir gracias a un sencillo tablero acanalado y posteriormente con el sistema Braille. También llegó a hablar mediante la identificación de las vibraciones de su garganta.

En mayo de 1888 Helen asistió al Instituto para ciegos Per-

kings y años después, en 1894 ingresó en la Escuela para ciegos Wright-Humason de Nueva York. Le seguirían otros centros educativos como la Escuela de Cambridge para Señoritas en 1896 y más tarde la Universidad de Radcliffe en 1900. Se convertiría así en la primera persona sorda y ciega en conseguir alcanzar unos estudios universitarios. Anne estaría a su lado el día que tanto esfuerzo recibió su recompensa: el 28 de junio de 1904 Helen se graduaba cum laude en sus estudios de arte.

Todas sus alegrías, tristezas y el largo camino hacia la luz los escribiría Helen en un libro que ella misma se encargaría de divulgar por todo el mundo junto a su inseparable Anne. Juntas, maleta en mano, pasaron los siguientes años las dos ciegas, cambiando con su valentía y esfuerzo el final que pa-

ra ellas estaba escrito. No solo defendieron que se puede vivir con la mitad de los sentidos, sino que además, se puede vivir bien; defendieron los derechos de los disminuidos y contribuyeron a los derechos de otros colectivos desfavorecidos, así como a las sufragistas.

En 1935 Anne se queda totalmente ciega, y muere un año después, a los 70, sin separarse de la mano que la salvó de su propia oscuridad.

En octubre de 1961 Helen sufrió un derrame cerebral, el primero de muchos que la impedirían seguir viajando y que la recluían en su casa de Connecticut.

Su luz interior se apagó para siempre el 1 junio de 1968 mientras dormía. Dejó su estela en doce libros que nos enseñan que la suma de una más una... algunas veces es una.

Pascual
García*Historia del Eremita:
Miguel Espinosa o
la heterodoxia (II parte)*

La perspectiva de Miguel Espinosa aúna la estética y la ética, o mejor, parte de la ética para conducirnos a una estética que resulta exclusiva, creada por él con los argumentos de las mejores fuentes literarias y filosóficas, parapetado tras el muro de una razón y de una dialéctica de raíz platónica con la que edifica un estado paralelo al espacio que habita, en el que conviven la genticilla, los becarios, los mandarines y los hombres de estaca, dominado todo por la verdad absoluta del Libro, que obra en poder de los mandarines y al que sólo ellos tienen acceso.

La lucha entre la ortodoxia y la heterodoxia enfrenta a el Eremita con el poder; los hombres de estaca lo apresan y lo llevan a la capital del Imperio para presentarlo ante el Gran Padre Mandarín. Tras un juicio singular, lo conducen a prisión, de la que al cabo de un tiempo se libra. Pero el Eremita se siente acosado y extraño en mundo regido por unas normas fabulosas y estúpidas, extraídas del Libro, que sólo leen unos pocos: "Las palabras son como cadáveres de moscas que se escupen los súbditos del Príncipe, cordón de grasa que une boca con boca."

El Eremita va descubriéndonos

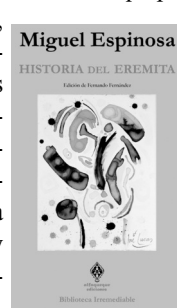
un territorio de gestos y palabras vacías, donde impera un orden inamovible, unas fórmulas invariables, un protocolo tan vacío como férreo, en el que no existe otra posibilidad de ascender en el orden social que la sumisión y el servilismo: "El becario ha de ser untuoso, obediente, transitorio, pálido, austero y sumiso; y ha de llevar calzoncillos sin abertura, ha de dormir sobre tres almohadas, ha de comer sopa y ha de admirarse a cada instante de lo que dicen los mandarines o los legos de los mandarines."

Espinosa es implacable con la sociedad que lo rodea, aunque no es injusto, porque ha vivido en su propia piel alguna humillación que no olvidará. Tal vez el mundo universitario constituya el centro neurálgico de este orbe ficcional, disparatado y esperpéntico que el escritor nacido en Caravaca nos cuenta del modo más sereno, sin crispación alguna, con el poder de una palabra sustantiva, afianzada en la que descubrimos las ideas de Platón entre otros muchos, pero

que Espinosa logra acercarnos hasta nuestra época en una relato elemental en apariencia, repleto de símbolos, donde no falta el sentido del humor, si bien incisivo y mordaz, oculto detrás de un relato fabuloso que no parece remitir al lector a ningún tiempo, porque ha sido construido con ideas, arquetipos y conceptos: "La ortodoxia no se halla en el individuo, sino en sus palabras. Porque la ortodoxia no reside en el corazón, y sí en los vocablos que salen de la garganta."

Espinosa extrae de la lengua sus últimos sentidos y la usa para dar nombre a lo que apenas muy pocos habían tenido en cuenta; quizás, por esto, los libros del autor murciano sean luminosos en algún sentido y reveladores, pese a que en apariencia podrían resultar, y siempre a primera vista, un tanto oscuros. La fábula de Espinosa propone siempre otros territorios y se olvida de contar una historia por el mero placer de hacerlo. De ahí que él no llame a sus obras nove-

las, aunque hallemos en ellas personajes, territorios y acciones, sino que las denomine libros. Y así deben ser entendidos, pues que en ellos confluyen todas las formas literarias, filosóficas y humanistas y son más que el reflejo del universo, son un universo en sí mismas, construido con palabras y conceptos, con estructuras racionales y nominaciones extraordinarias, con la verdad desnuda de los vocablos necesarios y el talento de incidir en aquellos espacios que permanecen a oscuras, intocados y que la pluma de Espinosa sabe convertir en auténticas revelaciones sin renunciar a un sentido del humor extravagante, crítico e inteligente: "Un poco de dinero te hará inmediatamente un poco tonto; y un mucho de dinero, un poco más tonto.



Por ningún otro medio se puede volver tonto al sabio."

La inquina contra el falso mundo del conocimiento que representa la Universidad como institución gobernada y manipulada por los mandarines del Régimen es obvia, sobre todo si la ponemos en relación con su voluntad, frustrada muy pronto y de un modo injusto, de pertenecer en calidad de profesor a la misma. El orbe espinosiano posee ese carácter satírico, burlesco y jocoso bajo el que palpita una

corriente de gravedad y rigor, de escepticismo e inclemencia encubierta que se corresponde con otras tantas revanchas personales que él acierta a elevar a categoría de mitos hasta convertirlos en cuestiones de interés social: "Las cosas de este mundo pasan y transcurren, como los sucesos; mas el sabio permanece, como el Libro."

Al lector avisado, con el conocimiento suficiente acerca de la vida de nuestro escritor, que ha leído todos sus libros y reconoce los guiños externos, los personajes reales, los sucesos que acontecieron de verdad, las páginas magistrales de Miguel Espinosa le traen a la memoria otros títulos de la historia de la literatura donde sus autores mezclaron vida y poesía en una alquimia singular de la que supieron extraer la quintaesencia de sus propósitos, como lo hicieron Dante, Miguel de Cervantes o Allan Poe, por citar unos pocos nombres. En alguna medida todos ellos tomaron revancha de ciertas penalidades, frustraciones o vicios en la construcción de esos monumentos literarios que sus lectores, algunos siglos más tarde, seguimos leyendo con sumo placer, e incluso incluyeron a determinados personajes reales, fácilmente reconocibles, como lo hace asimismo nuestro novelista.